

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°34. Año 12. Diciembre 2020-Marzo 2021. Argentina. ISSN 1852-8759. pp. 19-29.

¿Qué es una casa? Etnografía de las emociones en la construcción de conocimiento en un espacio tomado

What is a house? Ethnography of emotions in the construction of knowledge in a squatter space

Paula Shabel

CONICET / Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires (ICA/UBA), Argentina.
paulashabel@gmail.com

Resumen

El objetivo de la presente investigación es estudiar los procesos de construcción de conocimiento que se producen en las prácticas cotidianas a partir del análisis de las emocionalidades forjadas en torno a los objetos de conocimiento y las vivencias vinculadas a ellos. Específicamente, trabajamos con un grupo de familias que viven en una casa tomada en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, reconstruyendo los sentidos que niños y adultos le otorgan al propio concepto de casa tomada y a la práctica de ocupación de un espacio. La metodología utilizada es la etnográfica, en diálogo con el método clínico, y las conclusiones indican que cada grupo etario conoce los objetos y su realidad circundante diferencialmente, en tanto sus experiencias emotivas están atravesadas en modo divergente por el miedo y la alegría.

Palabras claves: Niños y niñas; Construcción de conocimiento; Casa tomada; Emociones; Etnografía

Abstract

The aim of this research is to study the processes of knowledge construction that take place in everyday practices based on the analysis of the emotionalities forged around the objects of knowledge and the experiences linked to them. Specifically, we work with a group of families who live in a squatter house in the centre of the city of Buenos Aires, reconstructing the meanings that children and adults give to the very concept of squatter house and to the practice of occupying a household. The methodology used is the ethnographic in dialogue with the clinical method and the conclusions indicate that each age group knows the objects and their surrounding reality differently, as their emotional experiences are crossed in a divergent way by fear and joy.

Key words: Children; Knowledge construction; Squatter housing; Emotions; Ethnography

* Dra. en Antropología por la Universidad de Buenos Aires, donde también es docente. Diplomada en educación por CLACSO, maestranda en psicología cognitiva por FLACSO. Becaria Posdoctoral de CONICET e investigadora en los equipos Niñez Plural y "Restricciones a los procesos de construcción conceptual en el dominio de conocimiento social".

¿Qué es una casa? Etnografía de las emociones en la construcción de conocimiento en un espacio tomado

Introducción

Son casi las siete de la tarde y entro a la casa tomada sin avisar porque la puerta de calle está abierta. Desde la planta baja se escuchan los gritos de lxs chicxs jugando. Mientras subo la escalera saludo al papá de uno de los chicos que va muy apurado, seguramente a trabajar. Sigo subiendo y los gritos se escuchan cada vez más fuerte, hasta que llego al pasillo del segundo piso, donde Florencia (9),¹ Tamara (12), Giselle (8), Rosa (8) y Betania (8) están sentadas al borde de las escaleras, en una ronda. Tienen unas cartas en la mano, están entretenidxs con un juego de mesa y se ríen a carcajadas porque una pierde o se olvida lo que tiene que hacer con sus cartas. Cuando me ven gritan bien fuerte mi nombre y me dicen que me acerque. Me siento a su lado y las miro jugar un rato, mientras ellas me muestran las cartas que les tocaron y me comparten sus estrategias para ganar, que siempre quedan a medio camino porque se distraen conversando sobre alguna cosa de la escuela [todas van a la misma institución, aunque a diferente grado] o simplemente porque algo les causa gracia y comienzan a reír nuevamente. Mientras esto sucede, se escuchan los gritos de los niños, que un piso más arriba también están jugando a algo, probablemente un juego de persecución entre ellos, que es de sus favoritos. Subo a saludar y confirmar la hipótesis. Teo (10), Yuri (10), Andrés (8), Mauricio (11) y Pablo (8) están corriendo de un lado a otro, jugando a atraparse, soltarse y seguir corriendo, mientras gritan cosas como “¡eh, acá, vení!” y “ole”, también se tiran al piso y hacen onomatopeyas de choques y explosiones. La escena es muy ruidosa, pero ellos están sonrientes, entusiasmados con la dinámica. Hace bastante frío en toda la casa,

pero a lxs chicxs parece no importarles eso ni los reiterados llamados de atención de lxs adultxs que salen de sus habitaciones para pedirles silencio. Ignoran por completo a las personas que pasan rápidamente de un lado a otro de los pasillos en dirección a sus cuartos o a la salida, a pesar de que todas ellas les hacen algún comentario acerca de su comportamiento, tanto a los chicos como a las chicas. (Registro de campo, casa tomada, septiembre 2016)

Esta es una escena cotidiana que se desarrolla dentro de la casa tomada donde realizo trabajo de campo hace ya varios años.² La misma está situada en un céntrico barrio de la Ciudad de Buenos Aires y fue ocupada por un grupo de familias organizadas en un movimiento social en el año 2004 (Shabel, 2018). Desde entonces la organización negocia con el gobierno local la permanencia de las familias a cambio de un módico alquiler y el pago de los servicios con tarifa subsidiada. Si bien las fuertes presiones de la organización y sus movilizaciones han permitido sostener el acuerdo sobre este inmueble, las tensiones entre ambas partes son permanentes y la posibilidad de un desalojo nunca se desvanece.

Especialmente desde el año 2007, con la llegada al gobierno de lo que era Propuesta Republicana (PRO), hoy Cambiemos, se llevó adelante en la ciudad una política de gentrificación y polarización en el territorio con un fuerte aumento de los desalojos (Raspall et al., 2017) y un quiebre en las relaciones del Estado con las organizaciones sociales en general y, en particular, con aquellas focalizadas en el trabajo por el acceso a la vivienda digna. Esta tendencia ha ubicado a las familias del movimiento en una posición de fuerte incertidumbre sobre la permanencia en sus hogares, lo que se volvió una temática cotidiana en las conversaciones dentro de la casa durante el año electoral de 2015. Una vez

1 Todos los nombres han sido modificados para preservar la identidad de los sujetos, las edades reales se conservan al lado entre paréntesis.

2 Comencé allí mi trabajo de doctorado, realizado entre 2015 y 2018, y luego continué las investigaciones con el mismo grupo de niñxs.

asentadas las nuevas gestiones nacionales y locales la intensidad del tema fue mermando, aunque no ha desaparecido, en tanto el problema de la falta de vivienda y la vulnerabilidad que produce la situación de ocupación no se han resuelto para estas familias.

Mientras las disputas político-espaciales se suceden con distinto grado de intensidad, las familias continúan sus rutinas cotidianas. Lxs chicxs van a la escuela y lxs más grandes ya trabajan un par de horas en algún comercio del barrio, alguna feria o esquina de la ciudad. Los padres, en general, son quienes salen a trabajar afuera y sus empleos son mayormente precarios e informales. Las mujeres suelen quedarse en casa ocupándose de los quehaceres domésticos y sin salario propio. También son ellas, en su mayoría, quienes asisten a las reuniones de la organización y participan de sus comisiones de trabajo.

Son más de treinta las familias que allí viven y más de cincuenta lxs niñxs que comparten esta particular forma de crecer y conocer el mundo. Para la investigación que aquí presentamos nos centramos en los registros y entrevistas realizadas con el grupo de casi veinte niñxs que tenía entre 6 y 14 años durante el período 2015-2017, así como en lxs adultxs que circulaban por la casa en ese momento.

Tal como se desprende del registro etnográfico citado al comienzo, las vivencias de lxs más chicxs en la casa tomada están vinculadas, en general, a la alegría y el disfrute del espacio compartido. Por el contrario, el trabajo de campo refleja una imagen de lxs adultxs siempre lejos de los espacios comunes, que solo utilizan de paso hacia sus habitaciones o la calle. Las expresiones de fastidio y preocupación son las que predominan en sus relatos y corporalidades en el campo. A partir de esta diferencia registrada es que nos preguntamos por los procesos de construcción de conocimiento que chicxs y grandes realizan en torno al concepto de “casa” y lo que significa para cada grupo la práctica de ocupación de un espacio, a partir de sus experiencias cotidianas en él y las emociones que allí se producen. Lejos de las teorías binarias que separan el pensar del sentir y del hacer, nos proponemos en la siguiente investigación estudiar los vínculos que existen entre estos procesos, a partir de un trabajo etnográfico acompañado de entrevistas clínicas.

Pensar y sentir en los procesos de construcción de conocimiento

Un análisis epistemológico sobre los modos de hacer ciencia ha llevado a diversxs³ pensadorxs a afirmar que el paradigma de la modernidad se ha

3 Utilizamos a lo largo de este trabajo el lenguaje no binario, reemplazando las denominaciones por géneros con la letra “x”, asumiendo una perspectiva epistemológica feminista (Maffia, 2013), desde la cual estudiar la realidad.

construido en base a pares dicotómicos, sobre los que luego se aplica una valoración jerárquica, creando así la diferencia y sobre ella la desigualdad (Sousa Santos, 2011; Aubry, 2011; Curiel, 2011; Maffia, 2013).⁴ De este modo, el pensar y el conocer se conformaron en un campo de actividades de nivel superior y carácter público, hecho para y por hombres blancos adultos, heterosexuales y burgueses. En forma contrapuesta, se caracterizó a los sentimientos como elemento de la esfera privada, irracional y sin valor social, actividad específicamente femenina y signo de debilidad.

Las miradas críticas sobre dichas dicotomías han cuestionado la jerarquía existente entre los pares racional/emocional, público/privado, universal/particular, y hasta negando la inconmensurabilidad de las partes (Maffia, 2013; Curiel, 2011). Desde allí no solamente objetaron la preeminencia de un lado del par sobre el otro, sino que desarmaron las dicotomías desde su matriz, exponiendo su artificialidad (cultural), develando los intereses de determinados sectores en perpetuarlas y demostrando cómo en la realidad los fenómenos sociales son *a la vez* uno y otro lado del binomio, siendo ambos igual de importantes en la comprensión del mundo.

En los debates sobre construcción de conocimiento en antropología se han producido interesantes aportes en este camino de desandar las dicotomías, dando cuenta de que el conocimiento se construye siempre en las prácticas cotidianas, donde se hace y piensa y siente a la vez. Una serie de autoras viene trabajando en un diálogo interdisciplinario con la psicología del desarrollo para analizar los procesos cotidianos de construcción de conocimiento de lxs niñxs, en tanto productores activos y reflexivos de su propia realidad. Toren (1999), García Palacios (2012) y Shabel (2018) recuperan la perspectiva constructivista piagetiana en su versión crítica y, desde allí, afirman que los significados que le otorgamos a las cosas no están nunca dados por completo, sino que contienen siempre un elemento emergente que aporta el sujeto que conoce. Y esto también vale para lxs niñxs, que lejos de copiar aquello que ven y escuchan de lxs mayorxs, generan sus propias interpretaciones e hipótesis sobre el mundo (Rabello de Castro, 2008).

La experiencia de cada sujeto en el mundo constituye la base de todo conocimiento, por lo que las experiencias cotidianas producen sentidos sobre la vida de los que cada sujeto se apropia desde su presente histórico. Desde esta perspectiva, entonces, vivir y conocer son parte del mismo proceso y los

4 Este análisis ha sido realizado por diversas disciplinas como la psicología (Castorina, Fernández, Lenzi, 1984) y la sociología (Scribano, 2012), pero nos detenemos aquí en el campo de la antropología con menciones a la epistemología como marco de la investigación.

conocimientos no se producen en una mente aislada, sino en un cuerpo en el mundo, que es siempre social y con otros (Toren, 1999). El contexto sociocultural es entonces un catalizador (Valsiner, 2014) en tanto que posibilita y limita la transformación de los significados. Esto permite pensar un contexto que no determina de modo lineal un desarrollo de los conocimientos, pero que hace posible o refuerza una determinada dirección y aleja otras.

Lxs autorxs mencionados afirman, pues, que la historia y la producción de novedad se hacen presentes a la vez en los procesos sociales y cognitivos, pero poco han avanzado en el estudio de las implicancias emocionales sobre las continuidades y transformaciones de sentido que se producen en el hacer de las prácticas cotidianas. Sin embargo, a partir de lo observado en el trabajo de campo debí asumir que dichos contextos socioculturales no solamente están atravesados por relaciones de poder y condiciones materiales determinadas, sino también por vínculos emocionales que se ponen en juego en todos los procesos sociales. Esto quiere decir que conocer es un acto emotivo, simbólico y material al mismo tiempo, producido por una “mente encarnada” en un cuerpo, del que es inseparable como unidad de análisis: “la conciencia es un fenómeno material y aquello que damos por sentado como las cosas que hay en el mundo (algunos lo llamarían un sistema de creencias o un modelo cultural) es creado en su existencia por nosotros mismos, como una función de nuestra experiencia vivida del mundo humano y de nosotros mismos en él” (Toren, 1999: 13, traducción propia).

Es a partir de este planteo que la autora considera el acto de conocimiento como un proceso intersubjetivo, que siempre es también afectivo, aunque no desarrolla este aspecto en sus escritos. La perspectiva dialéctica que asumimos aquí sobre los procesos de construcción de conocimiento nos permite avanzar hacia una síntesis entre el conocer y el sentir donde las emociones se articulan con los objetos que los sujetos conocen forjando sentidos del mundo.

La antropología de las emociones ha aportado elementos a esta perspectiva, exponiendo los modos en que “la emocionalidad hace cosas sobre el mundo” (Reddy, 1997: 331, traducción propia) más allá de la performatividad del lenguaje, desde la propia implicación en los procesos de significación de los objetos y hechos culturales. Desde esta perspectiva, las emociones son construcciones sociales articuladas en experiencias culturales cotidianas y no meros estados internos de los sujetos (Leavitt, 1996; Lutz y White, 1986; Daich, Pita y Sirimarco, 2007; Reguillo, 2008), pero también hacen referencia a los

procesos individuales de otorgamiento de sentido que enriquecen la diversidad cultural dentro de cada grupo (Lyon, 1995; Reddy, 1997). Esto quiere decir que los procesos a partir de los cuales le otorgamos sentido al mundo se forjan en un diálogo permanente entre el individuo y la sociedad, arribando a “una comprensión antropológica de que los sentimientos y las emociones son tanto afectivas como cognitivas, tanto fisiológicas como culturales, tanto prácticas como discursivas” (Stodulka, 2016: 29, traducción propia).

Centradas en los debates producidos por las modernas tensiones entre los pares racional/emocional, estas publicaciones se esfuerzan por superar las dicotomías desde la propia práctica etnográfica, que expone la complejidad de las realidades que estudia, imposible de clasificar en dichos binomios (Lutz y White, 1986; Lyon, 1995; Leavitt, 1996; Reddy, 1997; Fernández Álvarez, 2011; Stodulka, 2016). Así, organizar la toma de una fábrica, llevar adelante un ritual y conocer un determinado objeto de la realidad pueden tener una dimensión política y sentimental *a la vez*, y solamente en esa dialéctica adquieren sentido las prácticas.

Algunas reflexiones metodológicas

En pos de estudiar los procesos de construcción de conocimiento que realizan lxs niñxs sobre determinadas categorías desde esta perspectiva, debemos construir un abordaje metodológico pertinente, que nos permita afinar la mirada sobre las cotidianidades de las prácticas sociales del espacio tomado. El enfoque etnográfico (Rockwell, 2009; Guber, 2008), con su observación atenta a los modos de ser y hacer de los sujetos en el campo, ha resultado la herramienta privilegiada para esta investigación, resaltando la diversidad en contextos desiguales. Tomamos, particularmente, la línea de estudios antropológicos de (mujeres de) Argentina y Brasil que se han centrado en el trabajo etnográfico con niñxs en sus comunidades y barrios (Pires, 2007; García Palacios, 2012 Colángelo, 2014; Szulc, 2015), legitimando las prácticas y discursos de niñxs como sujetos de estudio válidos, recuperando sus voces y sus puntos de vista, produciendo una investigación con niñxs y no sobre ellxs (Hecht, 2007).

A su vez, resaltamos las complejidades metodológicas que acarrea registrar las emociones y las formas en que ellas se articulan en las prácticas cotidianas de lxs niñxs con las que realizamos la presente investigación, en tanto una emoción “es un esfuerzo hecho por un hablante de ofrecer una interpretación de algo que no es observable para nadie, salvo el actor” (Reddy, 1997: 331, traducción propia). Consideramos, sin embargo, que la etnografía

resulta una fértil perspectiva desde la cual abordar el desafío, en tanto habilita la mirada atenta sobre los modos del ser, del hacer y del decir de los sujetos en el mundo en sus contextos diarios (Fernández Álvarez, 2011; Cabrera, 2014). Las descripciones detalladas que habilita la mirada etnográfica y el diseño longitudinal que supone una investigación antropológica nos permiten acercarnos a un mapeo de las emociones en el campo y a su comprensión como constitutivas de la realidad.

La etnografía está articulada en esta investigación con el enfoque metodológico dialéctico de la tradición constructivista de la psicología del desarrollo (Castorina, Lenzi y Fernández, 1984), que da cuenta de que los sujetos conocen a los objetos en sus sucesivas experiencias con él y por ello las nociones se modifican con el tiempo y las prácticas. Esto quiere decir que, en pos de estudiar los procesos de construcción de conocimiento en toda su complejidad, esta investigación pone en diálogo dos métodos diferentes, pero compatibles en sus principios epistémicos, como ya lo han discutido otrxs autorxs (García Palacios y Castorina, 2010; García Palacios, 2012; García Palacios, Horn y Castorina, 2015). Tal como se marca en estas mismas publicaciones, el método clínico ha sido especialmente utilizado en investigaciones con niñxs, enfatizando su protagonismo en la vida social y reconociéndolos como sujetos que, en su hacer en el mundo, construyen sobre él nociones propias.

Es con este espíritu que se realiza una entrevista a cada sujeto, procurando captar las lógicas que operan en cada una de las respuestas, más allá de lo “correcto” o “incorrecto” según los parámetros científicos o de lxs adultxs de su propia comunidad. Para nuestra investigación se configuraron una serie de preguntas en torno a la organización de la casa y la experiencia de toma, proponiéndole a lxs niñxs que expongan sus ideas al respecto, para luego pedirles explicaciones y brindarles contra-argumentos en pos de reconstruir los razonamientos que subyacen a aquello que dicen. Así, las conversaciones comenzaban con el interrogante de “¿dónde vivís?”, para luego pedirles que describan el lugar, hagan comparaciones y expliquen el porqué de cada cosa. Estos intercambios se produjeron siempre dentro del inmueble, en una sala de la planta baja que usan lxs adultxs para sus reuniones y que me cedieron para la ocasión.

Con el enfoque etnográfico como eje de análisis, nos basamos en los registros para formular las preguntas y luego con las respuestas volvimos a ellos, asumiendo que, desde la antropología, “la reconstrucción de los procesos internos del sujeto, procesos cognitivos y afectivos, requiere las formas

de interacción y concepción construidas por la psicología” (Rockwell, 2009: 26).

Las emociones en la casa tomada

Desde el trabajo de campo realizado se hicieron evidentes dos grupos de emociones contrapuestas que conviven en la experiencia de ocupación que tienen lxs niñxs que habitan la casa, que pasaremos ahora a estudiar para tratar de comprender de qué modo ellas se articulan con el concepto mismo de casa tomada.

La alegría

“Es sábado al medio día, el sol se asoma por todos los rincones y entro a la casa, que hoy tampoco tiene llave. Subo las escaleras hasta el primer piso, donde me encuentro con Facu, que cumplió 6 años esta semana. Lo saludo con un abrazo fuerte, le deseo cosas lindas, mientras él porta una inmensa sonrisa. A su lado están su hermano Carlos (8), Giselle (8), Rosa (8) y Betania (8), todxs sonrientes también con la idea del cumpleaños. Me saludan y me comentan

Rosa: A la tarde vamos a hacer la fiesta de Facu acá en la casa

Etnógrafa: ¡Una fiesta, qué divertido!

Rosa: Vamos a usar el patio del piso blanco [en referencia al patio techado de la casa que se encuentra en la planta baja], le vamos a poner globos y vamos a llamar a todos los chicos para la fiesta

Giselle: Va a haber comida también, unos chisitos y palitos

Facu: ¡Sí, porque es mi cumpleaños!

Carlos: También le van a dar regalos. ¿Vos vas a venir?

Etnógrafa: Puede ser, ¿me invitan?

Facu: ¡Siiiiiiiiiiii!

Carlos: Bueno, pero trae regalo

Rosa: Vamos a bailar

Giselle: Sí, el papá de Pedro va a poner su equipo de música que es así graaaaaaande graaaaaaande [dibuja con sus brazos en el aire un cuadrado lo más ancho y alto que puede] y vamos a bailar todos

Rosa: No, todos no, solo los chicos, los grandes no bailan

Todxs se ríen del comentario y siguen camino a alguna de las habitaciones a preparar cosas para el cumpleaños. (Registro, octubre 2016)

Cualquier día y casi a cualquier hora estar en la casa significa convivir con lxs niñxs en los pasillos y las escaleras, convencidxs de que ese espacio les pertenece y fue hecho para cumplir con sus deseos lúdicos y de conversación. El cumpleaños de Facu se

realizó esa tarde con torta de chocolate y la música altísima que salía de los parlantes prestados. La familia de Facu estaba presente junto a algunas de las mujeres de la casa más allegadas a su mamá, pero el resto eran todxs niñxs, tanto de la casa como algunos primos del homenajeado. Dafne (38), su mamá, me saludó cálidamente al verme llegar y me comentó que:

Facu estaba tan entusiasmado con su fiestita. ¡Qué sea hoy! me decía todos los días y todavía faltaba para que llegue el sábado [nos reímos]. Él ya sabía que íbamos a hacer esto acá porque siempre hacemos para los chicos en la casa, siempre para ellos se hace la fiesta con los globos y la comida, aunque sea poquito, una invitación para que los chicos disfruten un rato. (Registro, octubre 2016)

Las prácticas cotidianas que se suceden dentro del espacio tomado son múltiples, pero en su mayoría ellas están ligadas a la convivencia colectiva con otrxs niñxs, al encuentro permanente en los pasillos y un crecer compartiendo que se disfruta, a pesar de las condiciones materiales de precariedad y la vulneración de derechos que acarrea el vivir en una casa tomada. Lejos del sentido común más estigmatizante, la casa tomada resulta de una experiencia ligada a la alegría para lxs niñxs, la posibilidad de tener siempre alguien con quien jugar y no aburrirse. Lo interesante aquí es descubrir “cómo el conocimiento, que es un producto de la mente [encarnada], se vuelve material en las prácticas” (Toren, 1999: 23, traducción propia) y puede a través de ellas estudiarse. Los cumpleaños festejados en el espacio común, las piletas que se instalan en el patio durante el verano para que disfruten lxs niñxs y los juegos que día tras día pueden verse en los pasillos deja entrever aquello que los sujetos conocen de lo que es vivir en una casa tomada.

Cada encuentro entre lxs niñxs, y entre ellxs y lxs adultxs, resulta un espacio de producción de conocimiento donde lo inesperado, como producción de novedad cognitiva *a la vez* que social, se torna esperable, en un proceso donde convergen permanencia y modificación de los sentidos del mundo, que Toren (1999) denomina microhistoria. Lo imprevisible de los procesos sociales y cognitivos se funda en el hecho de que los efectos del accionar de cada sujeto sobre los demás nunca podrán ser anticipados con exactitud, dando paso a lo emergente, que, en el marco de lo colectivo, debe negociar su valor constantemente.

Habiendo registrado estos hechos en varias oportunidades, me dispuse a realizar las entrevistas clínicas, especialmente diseñadas para indagar las construcciones de conocimiento infantil (Castorina,

Fernández, Lenzi, 1984). Siempre guiadas por la etnografía, formulé una serie de preguntas para indagar en esa alegría que me devolvía el campo. Así, una de las interrogaciones realizadas fue si a ellxs les gusta vivir en su casa o si les gustaría mudarse y frente a ella todxs respondieron que sí les gusta, que allí no tienen ningún problema y que no les gustaría mudarse a ninguna parte: “porque acá están mis amigos” (Teo, 10), “porque acá estamos todos juntos” (Mauro, 14). La entrevista recorre la historia de cada unx de lxs chicxs en su trayectoria por distintas casas y la comparación con otros lugares donde vivieron o donde han estado de visita. Otra vez en esas respuestas puede verse la celebración del espacio que hoy habitan:

Etnógrafa: ¿Y vos siempre viviste acá?

Fernanda (13): No, antes vivíamos en otro lado, por la boca, donde yo voy a hacer murga

Etnógrafa: ¡Cierto que vas allá todas las semanas a ensayar! ¿Y cómo era ese lugar? (...)

Etnógrafa: ¿Y te gustaba más estar allá o te gusta más vivir acá?

Fernanda: Acá

Etnógrafa: ¿Por qué?

Fernanda: Porque acá siempre podés estar con alguien, siempre hay chicos jugando, nunca estás sola y eso me gusta. (Entrevista clínica, mayo 2016)

En los registros esto también puede verse en algunas escenas. Tatiana, que hoy tiene 14 años y se mudó hace ya varios años a un barrio del sur bastante lejano a donde realicé mi campo, sostiene sus visitas a la casa y discute habitualmente con su madre porque quiere quedarse a dormir y no la dejan. Lo mismo sucede con Ezequiel, de 16 años, que se mudó hace unos meses en el medio de un conflicto entre su padre y el padre de otro de los chicos, y que sin embargo está siempre en la puerta de la casa esperando a que salgan sus amigxs para ir a jugar al fútbol o a bailar. Y adentro de la casa sus cuerpos están disponibles para lxs otrxs, sus tonos son amables, cálidos y entusiastas en las propuestas que se hacen unxs a otrxs. Y si bien sus familias se enojan mucho por el ruido que hacen y la mugre que dejan a cada lugar de la casa donde van, ellxs han convertido el espacio en su tablero de juego.

Podemos afirmar entonces que el estar juntxs, como una característica particular que adquiere la vida de lxs chicxs en esa casa tomada, se significa desde la alegría para ellxs y eso se refleja en el modo en el que producen conocimiento sobre la experiencia de toma y ocupación de un lugar. O sea que los vínculos afectivos que allí forjan los sujetos construye una emocionalidad colectiva, que a su vez

significa los procesos políticos que lxs niñxs viven en su cotidianidad. La casa tomada es para lxs chicxs un hogar donde “siempre hay alguien para jugar, no te aburrís nunca acá” (Ema, 9). El repertorio emocional que se despliega en la casa entre lxs niñxs es una muestra permanente de ello, en tanto se buscan unxs a otrxs en sus habitaciones para invitarse a compartir el tiempo, se abrazan, se sacan fotos juntxs y las suben a las redes, etc. (aunque por supuesto también se pelean a veces).

Por su parte, las adultas también tienen momentos de encuentro dentro de la casa, aunque siempre vinculados a las tareas domésticas:

Yolanda (44) está en la cocina del primer piso haciendo un pollo frito de almuerzo para su familia, aunque ya son las tres de la tarde. Me cuenta que siempre almuerzan tarde en vacaciones de verano porque se desacomodan todos los horarios. Mientras transpiramos al son del aceite hirviendo llega Silvia (40), nos saluda y se pone a pelar papas mientras le hace un chiste a Yolanda por el calor. Ellas se ríen y conversan sobre los precios de los alimentos que están cocinando, se quejan de lo caro, pero conservan el tono jocosos de compartir la desgracia y la seguridad de que siempre encuentran la forma de arreglarse. “Salgamos a robar una carnicería” dice Silvia después de un breve silencio y las tres lanzamos una carcajada que retumba en todo el primer piso. (Registro, febrero 2017).

Escenas similares se repiten en las cocinas compartidas de todos los pisos, así como en el patio donde todas las familias cuelgan la ropa amontonadamente. Después del mediodía y hasta las cuatro o cinco de la tarde las mujeres se apuran para hacer la limpieza en sus habitaciones, cocinar, lavar y ordenar porque es el horario en que lxs niñxs están en la escuela o aún duermen, dependiendo los meses del año. Es el tiempo en el que ellas se apropian de los espacios, van de un lado a otro y en cada rincón en el que se encuentran conversan relajadamente, en general sobre las propias tareas que están realizando. Salvo casos excepcionales de algunas cortas disputas entre familias que empezaron y terminaron mientras realizaba esta investigación, el disfrute de la presencia de las otras es evidente en los registros, en sus sonrisas al cruzarse y la búsqueda de conversación, los chistes y las quejas compartidas por alguna travesura que hicieron lxs chicxs o por algo que vieron en la televisión.

Además, algunas mujeres son muy amigas entre sí, pero eligen salir de la casa para conversar. A veces van juntas a la peluquería, o a hacer las compras, o salen a la noche a tomar una cerveza los fines de

semana. Con esto queremos subrayar que los vínculos afectivos no están ligados a la casa tomada para lxs adultxs, que pueden elegir desplegar sus relaciones por fuera de ese espacio, a diferencia de lxs niñxs, que concentran en ella sus afectos, en tanto no les es permitido pasar demasiado tiempo en el espacio público (como suele sucederle a lxs niñxs en general).

Por su parte, los varones adultos están poco en la casa y van de la puerta de calle directo a sus habitaciones, salvo las tardes en que hay reunión de toda la casa y puede verse el fastidio generalizado de tener que asistir y escuchar y votar y discutir, aunque muchas veces sea ahí mismo donde se resuelven los problemas de la convivencia.

Más allá de una aproximación específica que esperamos realizar en el futuro sobre las manifestaciones de género en el uso y la ocupación del espacio dentro de la propia casa, para el análisis intergeneracional que aquí proponemos nos interesa resaltar la mediación de la tarea doméstica que está presente en sus encuentros. Es el azar de los tiempos del quehacer lo que las hace conversar y no la búsqueda intencional de las otras, como veíamos antes con lxs niñxs. Sin dudas podemos hablar de una alegría de compartir la tarea, pero no de compartir el espacio, en tanto todas han expresado en algún momento, con mayores y menores niveles de hartazgo, el deseo de tener una cocina exclusiva para su familia, un espacio privado para colgar la ropa y, por supuesto, una casa propia.

El miedo

Volviendo a lxs niñxs, podemos decir que su experiencia dentro de la casa tampoco es ideal. También hay momentos de tensión, frustración y, sobre todo, mucho miedo:

Me acerco a la casa a eso de las dos de la tarde. Es febrero y lxs chicxs están de vacaciones de verano, por eso pueden estar en la puerta del edificio jugando a la pelota y tratando de tomar un poco de aire, para paliar el terrible calor que hace. Si bien no es muy común encontrarlxs jugando afuera de la casa, en los meses de verano sin clases todas las rutinas se modifican un poco. Mauricio (12) me ve llegar desde la esquina e intenta tirar la pelota en mi dirección al grito de ‘¡agarrala vos!’. Yo hago mi mejor intento de atraparla, pero la pelota se desvía y termina rebotando en la calle, al lado de un auto que pasaba. El conductor se asusta ante la aparición del objeto en su campo visual, frena el auto y baja, pero cuando ve que son lxs chicxs lxs responsables del lío, se calma, insulta un poco en voz baja y se vuelve a subir al auto. Cuando lo ven alejarse lxs chicxs tienen la siguiente conversación:

Paola (15) [mientras tiene a su hermano Víctor, de 4 años, en brazos]: ¿Qué hacés, estás loco? ¡Mirá si llama a la policía!

Mauricio (12): ¿Qué va a llamar a la policía? Si ya se fue

Paola: ¿Y si llamaba? ¿Y si venían con más policías a sacarnos de la casa por tu culpa?

Teo (11) [hermano de Paola]: Mirá si venían con armas y nos disparaban a todos para que nos vayamos [hace gesto de que tiene un arma y dispara. Se ríe, parece más que está ironizando a su hermana, que diciendo algo que espera que pase]

Andrés (9): Si viene la policía nos rajan a todos
Jeremías (7): Pero igual nosotros le decimos que no fuimos

Paola: Con esa cara que tenés, ¿quién te va a creer a vos que no fuiste? [Se ríen todxs]". (Registro, febrero 2017)

Vivir en la casa tomada es también estar alerta ante la posible situación de un desalojo, un tema ampliamente conversado dentro del inmueble, en las reuniones de la organización y las conversaciones intrafamiliares. Si bien estos temas nunca se dialogan directamente con lxs niñxs, ellxs son testigos silenciosos de los diálogos que lxs adultxs tienen al respecto entre ellxs, e incluso conmigo. Así, las condiciones materiales en las que viven las familias forman parte de los conocimientos que ellas construyen en torno a la experiencia de toma. El hacer cotidiano en la casa despliega un cúmulo de relaciones sociales que imprimen una huella de significado sobre los conocimientos de lxs niñxs, llamando la atención sobre ciertos aspectos de la realidad más que otros (Toren, 1999; García Palacios, Horn y Castorina, 2015).

Es en estas prácticas, donde lxs niñxs comparten sus conocimientos y los profundizan o modifican en las interacciones con lxs demás, un conocimiento que no está escindido de su experiencia de clase y su vínculo con la ilegalidad que significa vivir en la casa tomada y que genera una emotividad compartida desde los márgenes sociales. Sin negar la diversidad de conocimientos y sentimientos que se refleja en el propio fragmento, y que necesariamente existe cuando hay más de un sujeto involucrado (Lyon, 1995; Reddy, 1997), podemos afirmar que el conocimiento sobre lo que es la casa para estxs niñxs está íntimamente atravesado por la emoción del miedo a que "nos rajen a todos" con violencia y armas:

Camino por la casa tomada junto a Rosa (8) y Giselle (8). Las chicas me invitan a jugar con ellas a las muñecas, así que subimos de la planta baja al primer piso y ahí hay unos

carteles pegados en la pared, entonces les pido que me expliquen qué son esos carteles.

Rosa: Ahí dice lo que tiene que pagar cada uno del agua, la luz

Giselle: Esa plata es la que deben todavía algunos, se la tienen que ir a pagar a la señora Carmen y para que no se olviden lo ponen ahí
Etnógrafa: ¿Y saben por qué tienen que pagar?

Rosa: Porque si no viene la policía y nos saca a todos de la casa y nos quedamos sin casa. (Registro de campo, febrero 2016)

Si entendemos por miedo los "efectos de perturbación angustiosa ante la proximidad de un daño real o imaginario" (Reguillo, 2008: 70), este se manifiesta permanentemente vinculado a la precariedad de vivir en la casa tomada porque el desalojo es una posibilidad con la que lxs niñxs viven cotidianamente. Como ya han afirmado varixs autorxs (Qvortrup, 2011), lxs niñxs forman parte de la vida en todos los contextos, como es la ocupación de un inmueble, y es en el diálogo con los sentidos y las afectividades que circulan en los pasillos de la casa que lxs niñxs, en su particularidad y también como colectivo, van urdiendo las categorías con las que piensan el mundo (García Palacios y Castorina, 2010).

Así, vivir en una casa tomada es temerle a aquellxs que dan la orden o ponen en práctica el desalojo, como puede ser la policía, el gobierno, el presidente y la asistente social (enviada por el gobierno). Cada vez que ella se presenta en el lugar, siempre con previo aviso, el espacio sufre una transformación drástica, digitada por la vigilancia del Estado:

Toco la puerta y Mirta (41) me saluda y me hace pasar a su habitación. Está acelerada yendo de un lado a otro. Me cuenta que la llamaron de la escuela por un tema de su hijo Jeremías (8), que no está leyendo bien y ya pasó la mitad de año y están preocupadas las maestras. Mientras conversamos, ella barre la habitación, tira todo lo juntado en la palita en una pequeña bolsa, que luego cierra y deja al lado de la puerta. Me pide que revise si el baño quedó bien limpio y le digo que está impecable. Acomoda las sillas de la mesa y se pone a guardar la ropa que acaba de descolgar del tendedero, mientras continuamos la conversación. Mientras tanto, sus dos hijas están en la cocina lavando los platos y sus cuatro hijos, entre los que está Jeremías, se amontonan en el sillón a ver la tele y discuten en torno al canal que prefieren ver. (Registro, agosto 2015)

Esta puesta en escena tiene el objetivo de darle a la asistente social la impresión que las familias

necesitan para evitar el desalojo. Los procesos de construcción de conocimiento que se desarrollan en el hacer cotidiano dentro de la casa están íntimamente vinculados a estas rutinas marcadas por la posibilidad de perder la vivienda, como explica Jaime en su entrevista clínica:

Jaime (13): (...) y si la casa está en mal estado y se entera el presidente, nos rajan de la casa a todos

Etnógrafa: ¿Quiénes los rajan?

Jaime: La policía, porque no le hicieron caso al que dio la orden de que esté limpio. (Entrevista, febrero 2016).

Como mencionamos en la introducción, el miedo de niños y adultos frente a un posible desalojo se fue modificando en el transcurso de la investigación en relación con los diferentes escenarios políticos, pero siempre fue parte y convivió con las escenas de alegría que antes describimos.

Divergencias intergeneracionales en torno a qué es una casa

La etnografía nos permite registrar lo que sucede y también estar alertas de lo que no sucede, por eso es una herramienta con tanto valor para estudiar los procesos de construcción de conocimiento en las prácticas. Al mismo tiempo, este enfoque nos obliga a tomar en cuenta los contextos relacionales más amplios donde se suceden las interacciones sociales que estudiamos, de modo que resultó inevitable en la investigación incluir las perspectivas adultas, sus haceres y decires en el campo, asumiendo al mismo tiempo que la infancia es una categoría relacional (Fonseca, 1998), comprensible en su conexión con la adultez.

Como mencionamos anteriormente, en todos los años de investigación no registramos ninguna situación en la que los adultos se junten en los pasillos a conversar o a jugar a las cartas. Sus encuentros son siempre azarosos y breves, por lo que no es posible reponer una trama afectiva de alegría para este grupo en su experiencia con la ocupación del espacio, al menos en los términos registrados anteriormente para el caso de los niños.

De hecho, en las conversaciones informales durante el trabajo de campo los adultos han manifestado en reiteradas ocasiones su deseo de irse de la casa “porque acá se pelean mucho, ¿viste? Ojalá nos salga la vivienda definitiva,⁵ pero si no, que salga

⁵ La vivienda definitiva es el modo en el que los miembros del Movimiento denominan a las casas que ellos mismos construyen desde la cooperativa que tiene la organización y que luego se reparten con el título de propiedad legal entre las familias del Movimiento. Estos proyectos resultan de negociaciones con el Estado, que cede terrenos y subsidia materiales, pero hace ya

cualquier cosa, así podemos tener un poco de paz. Y un lugarcito un poco más grande, acá las piezas son chiquitas, no entra nada” (Cristiano, 39, registro de campo, octubre 2014). Lo mismo expresó Yolanda (44) una tarde de julio 2015 en la casa al decir “yo ya estoy harta” en referencia a la convivencia colectiva, al igual que Maribel (40), que dijo que prefería no salir de su habitación porque “afuera siempre hay lío” (registro de campo, agosto 2016). En las entrevistas a los niños, por el contrario, todos manifestaron su deseo de permanecer en esa casa “porque acá están mis amigos” (Teo, 10, entrevista clínica, noviembre 2015).

A partir de esta discrepancia generacional es que formulamos una de las principales conclusiones de la investigación y es que, al referirse al miedo de perder la casa, cada grupo etario hace referencia a una cosa diferente, lo que cada grupo conoce por *casa tomada* es distinto. Por un lado, cuando los niños manifiestan miedo por un eventual desalojo muchas veces lo vinculan más al miedo de perder a sus amigos, que a perder el espacio físico: “Yo no quiero que nos echen de acá porque no voy a ver más a los chicos” (Teo, 11, registro de campo, abril 2016); “Si nos viene a sacar la policía nos vamos a tener que ir cada uno a una casa diferente y no vamos a estar más juntas” (Romina, 11, registro de campo, noviembre 2016). Del mismo modo lo expresó Jaime (13) en su entrevista clínica en marzo 2016:

Nosotros tenemos que pagarle al gobierno para que no nos saque nuestras casas, para eso también hacemos las marchas, vamos ahí con los tambores y todo y le decimos que nos queremos quedar acá porque nos gusta, aunque la casa esté un poquito fea y la tengamos que arreglar, que siempre los grandes dicen que la van a arreglar y no lo hacen. Pero a nosotros no nos importa, porque si nos tenemos que ir a otro lugar, aunque sea más arregladito, no vamos a estar todos juntos, nos van a mandar a cada uno a otro lugar y eso no queremos.

En este fragmento Jaime da cuenta de que existe la posibilidad de ir a otro lugar, él comprende el desalojo como una expulsión forzada de la casa que habita actualmente, que no tiene la consecuencia de pasar a vivir en la calle o no tener a donde ir, sino que resulta problemática en tanto lo aleja de sus amigos. Por el contrario, para los adultos, el desalojo es la preocupación de perder el espacio físico donde vivir: “si no cumplimos nos quedamos en la calle” (Dafne, 38, registro de campo, febrero 2017); “hay que presentarle a la Ciudad las cuentas en limpio porque si nos sacan de acá no tenemos a dónde ir” (Iris, 42, registro de campo, noviembre 2015).

muchos años no se concretan nuevas construcciones.

Podemos afirmar que esta divergencia de sentidos se debe a dos cuestiones. En primer lugar, porque lxs adultxs conocen más profundamente el accionar del Gobierno de la Ciudad que desaloja con violencia y sin ofrecer demasiadas alternativas para las familias que se quedan en la calle (Carman, 2017). Ellas mismas han sido expulsadas ya de otros inmuebles en los que vivían, obligadas a pasar varias noches en la calle o a refugiarse en el hogar de algún pariente hasta que aparezca una solución, probablemente temporal y precaria. De modo que, para este grupo, el terror al desalojo refiere exclusivamente a las condiciones materiales de la casa.

En segundo lugar, resulta relevante explicitar que lxs adultxs no significan la casa tomada con la afectividad de la alegría, que sí existe en el grupo de niñxs. Tal como describimos anteriormente, para lxs más grandes la casa no es un espacio de vínculos amistosos donde se disfruta vivir, sino más bien la única posibilidad de contar con un techo, una situación que se soporta frente a la falta de alternativas, pero no una decisión relacionada con el placer. Así, perder la casa para este grupo refiere a la vivienda en términos materiales y nada más.

Esto quiere decir que la experiencia afectiva en el lugar transforma el sentido que adquiere el objeto para las distintas generaciones. Si bien todxs se refieren al mismo objeto en sus acciones y discursos, cada grupo significa algo diferente cuando apela a la casa, en tanto lo que conocen de ella es diferente, porque lo que significan emotivamente también lo es.

Algunas conclusiones

A partir de esta investigación podemos concluir que, si bien el miedo al desalojo resulta una emoción ineludible para todos los habitantes del inmueble, la alegría de compartir el espacio con amigxs es característica del grupo de niñxs y no de adultxs, produciendo una divergencia en el sentido que adquiere el objeto de casa tomada. Aquí, el sentirse alegre o con miedo produce discursos y corporalidades (Lyon, 1995; Stodulka, 2016), y genera una forma de vínculo con los objetos de conocimiento, a los que les otorga un tipo de valor y cierto sentido, que se modifica de una generación a otra. En esta línea, podemos afirmar con Toren que “los niños llegarán a la madurez como personas particulares, históricamente situadas, que conforman activamente un mundo que es a la vez el mismo que, y *diferente a*, el mundo que conocen sus adultos” (1999: 104, traducción propia), o sea que no copiarán los sentidos que lxs adultxs les otorgan a los objetos en el mundo, sino que elaboran los propios, a partir de sus propias experiencias con dichos objetos.

Esta conclusión nos permite avanzar, a su vez, en el debate sobre el rol de las emociones

consideradas negativas, como la tristeza y el miedo. Desde ciertas corrientes psicológicas (Contreras y Esguerra, 2006) y educativas (Adler, 2017) estas emociones son responsabilizadas de obturar los procesos de construcción de conocimiento por marcarse como desalentadoras y problemáticas y, por ello, se recomienda su control y anulación de los procesos pedagógicos en particular y sociales en general. Esta investigación, sin embargo, muestra resultados en sentido contrario, en tanto no encontramos una imposibilidad para conocer y significar la realidad circundante debido al temor y la angustia, sino una significación particular de ese grupo atravesado por dicha emocionalidad, que a su vez actúa en el mundo también en relación con esas emociones y conocimientos. La discusión es larga y esperamos seguir contribuyendo a ella en futuras investigaciones.

Bibliografía

- ADLER, A. (2017). “Educación positiva: Educando para el éxito académico y para la vida plena”. *Papeles del Psicólogo*, N° 38(1), p. 50-57.
- AUBRY, A. (2011). “Otro modo de hacer ciencia. Miseria y rebeldía de las ciencias sociales”. En: Baronnet, B. (coord.) *Luchas “muy otras”. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*, UAM, México.
- CABRERA, P. (2014). “Propuesta teórico-metodológica para el estudio de la subjetividad desde una perspectiva antropológica”, *Revista Virajes*, N° 16(1), p. 185-208.
- CARMAN, M (2017). *Las fronteras de lo humano*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- CASTORINA, J. A., FERNÁNDEZ, S. y LENZI, A. (1984). “La psicología genética y el proceso de aprendizaje”. En Castorina J. A. (coord.), *Psicología genética*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- COLÁNGELO A. (2014). “La crianza como proceso sociocultural. Posibles aportes de la antropología al abordaje médico de la niñez”, *Primeras jornadas Diversidad en la Niñez*, Hospital El Dique, Ensenada, Buenos Aires.
- CONTRERAS, F. y ESGUERRA, G. (2006). “Psicología positiva: una nueva perspectiva en psicología”. *Diversitas*. N° 2(2), p. 311-319.
- CURIEL, O. (2011). “Género, raza y sexualidad”, *Debates contemporáneos*. N° 8, p. 1-26.
- DAICH, D., PITA, M. V. y SIRIMARCO, M. (2007). “Configuración de territorios de violencia y control policial: corporalidades, emociones y relaciones sociales”, *Cuadernos de antropología*, N° 25(1), p. 71-88.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. I. (2011). “Além

- da rAccionAlidAde: o estudo das emoções”. *Mana*, N° 17(1), pp. 41-68.
- FONSECA, C. (1998). “Quando cada caso NÃO é um caso. Pesquisa etnográfica e educação”, *Revista Brasileira de Educação*, N° 10, p. 58-78.
- GARCÍA PALACIOS, M. (2012). *Religión y etnicidad en las experiencias formativas de un barrio toba de Buenos Aires*, Tesis de Doctorado con mención en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- GARCÍA PALACIOS, M. y CASTORINA, J. A. (2010). “Contribuciones de la etnografía y el método clínico-crítico para el estudio de los conocimientos sociales de los niños”. En: Castorina (coord.) *Desarrollo del Conocimiento Social*. Miño y Dávila, Buenos Aires.
- GARCÍA-PALACIOS, M., HORN, A. y CASTORINA, J. A. (2015). “El proceso de investigación de conocimientos infantiles en psicología genética y antropología”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, N° 13(2), p. 865-877.
- GUBER, R. (2008). *El salvaje metropolitano*. Paidós, Buenos Aires.
- HECHT, A. C. (2007). “De la investigación ‘sobre’ a la investigación ‘con’. Reflexiones sobre el vínculo entre la producción de saberes y la intervención social”, *Runa*, N° 27(1), p. 87-99.
- LEAVITT, J. (1996). “Meaning and Feeling in the Anthropology of Emotions”, *American ethnologist*, N° 23(3), p. 514-539.
- LUTZ, C. y WHITE, G. (1986). “The anthropology of emotions”, *Annual review of anthropology*, N° 15(1), p. 405-436.
- LYON, M. (1995). “Missing emotion: The limitations of cultural constructionism in the study of emotion”, *Cultural anthropology*, N° 10(2), p. 244-263.
- MAFFÍA, D. (2013). “Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica”, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: dianamaffia.com.ar/archivos/contras_las_dicotomias.doc, 15/4/2013
- PADAWER, A. (2011). “Con el invernadero aprendimos todos...aprendimos todo: Conocimientos y prácticas sociales de jóvenes rurales”, *Revista da FAEBA-Educação e Contemporaneidade*, N° 20(36), p. 79-92.
- PIRES, F. (2007). *Quem tem medo de malassombro? Religião e Infância no semi-árido nordestino*. Universidad Federal de Río de Janeiro: Río de Janeiro.
- QVORTRUP, J. (2011). Nove teses sobre a “infância como um fenômeno social” *Pro-Posições*, N° 22(1), p. 199-211.
- RABELLO DE CASTRO, L. (2008). A politização (necessária) do campo da infância e da adolescência, *Psicologia política*, 14 (7).
- RASPALL, T., ZAPATA, M. C., DI VIRGILIO, M. M., RODRÍGUEZ, M. C., MEJICA, S. A., RODRÍGUEZ, M. F., VON LÜCKEN, M. (2017). La política habitacional porteña en la posconvertibilidad, *Documento de Trabajo N° 79*, Gino Germani.
- REDDY, W. (1997). “Against constructivism: the historical ethnography of emotions”, *Current Anthropology*, N° 38(3), p. 327-351.
- REGUILLO, R. (2008). “Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea”, *Alteridades*, N° 18(36), p. 63-74.
- ROCKWELL, E. (2009). *La experiencia etnográfica*, Buenos Aires: Paidós.
- SCRIBANO, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, N° 4(10), p. 91-111.
- SHABEL, P. (2018). “Estamos luchando por lo nuestro”. Construcciones de conocimiento sobre la política de niños y niñas en organizaciones sociales, Tesis Doctoral sin publicar, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SOUSA SANTOS, B. de (2011). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Trilce, Montevideo
- STODULKA, T. (2016). *Coming of Age on the Streets of Java*. Transcript, Bielefeld.
- SZULC, A. (2015). *La niñez mapuche. Sentidos de pertenencia en tensión*, Biblos, Buenos Aires.
- TOREN, C. (1999). *Mind, materiality and history. Explorations in Fijian Ethnography*, Routledge, Londres.
- VALSINER, J. (2014). “Breaking the Arrows of Causality: The Idea of Catalysis in its making”. En: Cabell, K. y Valsiner, J. (Ed.), *The Catalyzing Mind. Beyond Models of Causality*, Springer, Nueva York.

Citado. SHABEL, Paula (2020) “¿Qué es una casa? Etnografía de las emociones en la construcción de conocimiento en un espacio tomado” en Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES, N°34. Año 12. Diciembre 2020-Marzo 2021. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 19-20. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/406>

Plazos. Recibido: 06/04/2020. Aceptado: 20/08/2020